

VALLES DEL BOEZA

María lavaba los vasos detrás de la barra del bar el Sol. Era sábado por la tarde y no había ni una mesa libre. Dos nuevos clientes entraron y se apoyaron en la barra. En las mesas, las cartas, así como las fichas de dominó levantaban auténticas polémicas adornadas con juramentos y risas. El humo de los cigarrillos y los puros había creado una densa niebla que haría palidecer de envidia a la famosa niebla de Londres. Uno de los recién llegados increpó a María:

— ¡María!, pon dos cervezas, que llevamos una hora esperando.

— Más tiempo llevo yo esperando por vosotros y no digo nada. Cuando acabe de lavar los vasos os las pongo, y si tenéis prisa, echar a correr.

— Joder como está el patio. Vale, vale, ya esperamos.

Lolo estaba de pie al lado de una mesa viendo jugar una partida de tute. Los jugadores discutían acaloradamente sobre una secuencia de la partida.

— Habéis hecho renuncio, no habéis asistido al arrastre.

— De eso nada, el que no ha asistido ha sido tu compañero.

— Vamos a ver, Lolo, tú que has visto la jugada, ¿a que es verdad que han hecho renuncio?

— A mí siempre me han dicho que los de fuera dan tabaco. Sois vosotros los que estáis jugando, así que fijaros más en las jugadas, que yo no quiero ser como Felipón, que le dieron por el culo por meticón.

— Pues si los de fuera dan tabaco... no se a que esperas para sacar el paquete, que se fuma menos aquí que en un polvorín.

— Cuando hay más de cuatro, cada uno fuma de su tabaco. Aquí somos cinco, así que aplícate el cuento.

En una de las últimas mesas, Venancio Martín, alias el Trampas, enemigo acérrimo de Lolo, conversaba con don Venancio, el cura del pueblo.

— Pues si, don Venancio, es increíble lo inteligentes que llegan a ser los animales. En caso de una catástrofe natural son los primeros que lo notan y escapan corriendo.

— Es cierto, Trampas, tienen un sexto sentido del que nosotros carecemos. Serán animales, pero son más listos que nosotros.

— Si señor, especialmente los burros. No hay nada más que ver que en solo dos años Lolo ha aprendido inglés.

— Ha sido un caso excepcional. Debió de pasarlas muy mal cuando estuvo en Bangkok para que de repente se le haya despertado esa facultad innata para los idiomas.

— ¡Que pena de agujero para haberlo visto allí!

— A mí también me hubiera gustado verlo, no creas.

Se abrió la puerta del bar y entró Maruca, la hija del Calambres, el electricista del pueblo. Llevaba un talonario en la mano y una sonrisa en la boca. Fue directamente a hablar con María.

— Hola María, buenas tardes.

— Hola Maruca. ¿Qué te trae por aquí?

— Verás, necesitamos dinero para el viaje de fin de curso y hemos decidido hacer una rifa. Estoy vendiendo boletos.

— ¿Y qué es lo que rifáis?

— Un premio muy bueno: dos viajes a Vietnam.

— ¡Madre mía! ¿Y no había un sitio menos peligroso?

— Vietnam no es peligroso María. La guerra acabó hace muchos años y ahora mismo es uno de los destinos más en auge.

— Yo si rifarais un jamón no me importaría ayudarte, pero siendo un viaje como que no. Ya sabes que vivo sola, y alguien tiene que abrir el bar para dar de beber a todos estos borrachos.

— Ya lo sé María, solo quería pedirte permiso para vender boletos entre tus clientes.

– Pues claro que sí, mi hija, puedes vender lo que quieras, aunque viendo el percal que tenemos hoy, dudo mucho que consigas que alguno de estos se rasque el bolsillo.

– Gracias María, pero lo tengo que intentar.

Se dirigió a la primera mesa, donde cuatro jóvenes discutían de fútbol a la vez que compartían un cachi de un litro de cerveza.

– Hola chicos, estoy vendiendo boletos para un sorteo de dos viajes a Vietnam. Es para ayuda del viaje de fin de curso.

– ¡Que casualidad! Nosotros estamos haciendo una colecta para poder pagar la cerveza a María. ¿Quieres participar?

Maruca se alejó de la mesa ante la risa de los muchachos. En la siguiente cuatro jubilados jugaban a las cartas en silencio.

– Hola, estoy vendiendo boletos para un sorteo como ayuda del viaje de fin de curso.

– Pero mi hija, ¿no ves que somos jubilados? Apenas tenemos dinero para poder pagar el café. Prueba con gente más joven.

Llegó a la mesa donde estaba Lolo de pie viendo la partida. Repitió la misma canción del sorteo y del viaje de fin de curso.

– Nosotros estamos a dos velas, que la cosa está muy mal, pero aquí tienes a Lolo que nada en la abundancia.

– Dime Maruca, ¿Qué es lo que sorteáis? Preguntó Lolo.

– Un premio muy bueno: dos viajes a Vietnam.

– ¿A Vietnam? Eso está en Asia, ¿no?

– Sí Lolo, Vietnam está en Asia.

– Pues entonces lo siento, pero Asia y mi estómago no se llevan bien.

Maruca se quedó un poco cariacontecida. No esperaba que Lolo se negara a comprar algún boleto, sobre todo teniendo en cuenta lo mucho que había hecho por él cuando casi acaba loca tratando de enseñarle un poco de inglés antes de su viaje a Bangkok.

Uno de los de la mesa recriminó a Lolo

– Venga Lolo, compra un boleto, no seas roñica, que vas a ser el más rico del cementerio el día que mueras.

– Lo que yo haga con mi dinero es cosa mía. Además ya he dicho que Asia y yo no nos llevamos bien.

Desde la mesa de atrás el Trampas llamó a Maruca

—Maruca, ven aquí. ¿Qué es lo que vendes?

—Hola Trampas, vendo boletos para un sorteo. Es para ayuda del viaje de fin de curso.

—Hay que ser muy avaro para que sobrándote el dinero no seas capaz de ayudar a una estudiante, dijo el Trampas en clara alusión a Lolo. Dame dos boletos, que yo no soy como otros.

—Toma Trampas, aquí tienes. Muchas gracias. ¿Y usted don Venancio? ¿No se anima a participar?

—Lo siento hija mía, pero el cepillo de la iglesia no da para sorteos.

—No importa don Venancio. Gracias de todas las formas.

Al volver de la mesa del Trampas Maruca pasó por el lado de Lolo. Éste la paró y la preguntó

—Dime Maruca, ¿Cuántos boletos te ha comprado el Trampas?

—El Trampas me ha comprado dos boletos, pero don Venancio no me ha comprado ninguno, pues dice que el cepillo de la iglesia no da para gastos de sorteos.

—¿Dices que el Trampas te ha comprado dos boletos?

—Sí. Son los dos únicos que he vendido.

—Pues a mí me vas a dar cuatro, que no voy a ser menos que ese cabrón. De todas las formas, esto siempre toca a los más idiotas, en clara alusión al Trampas, que unos meses atrás había ganado un viaje de fin de semana en un concurso de la radio.

—Gracias Lolo, aquí tienes tus boletos

—No, quédatelos tú, que a mí siempre se me olvida mirarlos, y si toca algo ya me lo dirás.

—¿Confías en mí? ¿Y si toca y me lo quedo yo?

—Yo se que tu eres una buena chica, así que claro que confío en ti. Pero como ya te he dicho, esto siempre toca a los más idiotas, repitió mirando al Trampas.

—No te preocupes Lolo. Si te toca ya te avisaré.

En la mesa de atrás el Trampas conversaba con don Venancio

—Es increíble como es este animal. Es capaz de quedarse ciego con tal de que el otro se quede tuerto. Al menos le hecho rascarse el bolsillo.

Después de recorridas todas las mesas Maruca volvió a hablar con María.

– Bueno, pues ya está. Muchas gracias por dejarme vender.

– ¿Al final cuantos boletos has vendido?

– He vendido seis: dos al Trampas y cuatro a Lolo. El resto o son jubilados o son jóvenes con muchas telarañas en los bolsillos.

– Ya te dije que con el percal que teníamos hoy aquí no ibas a conseguir gran cosa, pero bueno, menos es nada. Espero que en el próximo sitio tengas más suerte.

Maruca salió del bar. María seguía liada con los vasos y las tazas de café. De buena gana le hubiera comprado un boleto, pero no teniendo opción a disfrutar del premio no merecía la pena.

Poco a poco la tarde se iba consumiendo y las mesas de las partidas se iban levantando. Los más jóvenes se irían a alguna discoteca en Bembibre o en Ponferrada y los jubilados a aburrirse con la parienta en casa. El resto haría el “triángulo de la Bermudas” compuesto por el bar el Sol, el bar Madrid y el Estanco bebiendo vinos y discutiendo de fútbol o hablando de trabajo. No había más diversión en el pueblo.

Faltaban pocos minutos para las once de la noche y en el bar ya solo quedaban Lolo y don Venancio, el cual apuraba el último vino que había gorroneado al feligrés de turno. María había tenido un día ajetreado y no estaba dispuesta a aguantar más tiempo allí.

– Les comunico que la puerta está abierta, así que cuando quieran sus señorías se pueden marchar a su casa.

– ¿Es una invitación o una orden? Preguntó Lolo

– Llámalo como quieras, pero los que estén aquí a partir de las once levantan las sillas y barren el suelo. De propina saco la fregona y dejo que se diviertan fregando el local.

Don Venancio acabó el vino de un trago y salió corriendo como alma que persigue el diablo, sin despedirse siquiera. A Lolo le faltó tiempo para dejar la botella de cerveza encima de la barra sin ni siquiera acabarla y salir por pies.

– Ya sabía yo que en cuanto les hablara de trabajo estos dos ahuecaban el ala.

Eran las once en punto de la noche cuando María cerraba el bar.